

“Para quienes sufrimos el peso de la bota, la libertad es una cosa muy loca” Tránsito del “te cabe por put*” a la organización política

Luciana V. Almada¹

Liliana V. Pereyra²

Resumen

Introducíamos el argumento de esta mesa con una expresión provocadora “Te cabe por put*” y nos preguntábamos ¿cuántas veces hemos oído y/o recibido esta impugnación moralizante? ¿Por qué hemos sido alcanzad*s por ella? ¿Qué nos hizo, qué evoca? ¿A quiénes les/nos cabe? ¿Quiénes están/estamos a salvo? ¿Por cuánto tiempo?

Nos interesa ahora recuperar estas preguntas con el propósito de sexualizar nuestro acercamiento a la historia reciente y local, más específicamente, al trabajo realizado por y en la organización de trabajador*s sexuales en la lucha por la reivindicación y reconocimiento de sus derechos (humanos). Queremos acercar estas preguntas a un diálogo que venimos construyendo con Eugenia Aravena, referente y compañera de lucha por los derechos de l*s trabajador*s sexuales en Córdoba, ya que entendemos que este gesto nos permitirá profundizar en algunas cuestiones a las que nos hemos estado acercando: ¿cuáles son los desafíos relacionados con el sexo para las organizaciones sociales? ¿Cómo circula, habilita, obstruye el sexo en la organización y en las posibilidades de organizarse? ¿Podemos imaginar una formación política sexuada/sexualizada? Teniendo en cuenta que las primeras tramas colectivas de l*s

¹CEA-FCS-UNC/RRTS - luciana.v.almada@gmail.com

²FFyH-UNC/RRTS - lilianavpereyra@gmail.com

trabajador*s sexuales en Córdoba comenzaron allá por el 2000, veinte años después nos preguntamos: ¿qué te/les/nos cabe por put*?

“Para quienes sufrimos el peso de la bota, la libertad es una cosa muy loca” Tránsito del “te cabe por put*” a la organización política

Introducíamos el argumento de la mesa que coordinamos en el Seminario³ con una expresión provocadora “Te cabe por put*” y nos preguntábamos ¿cuántas veces hemos oído y/o recibido esta impugnación moralizante? ¿Por qué hemos sido alcanzad*s por ella? ¿Qué nos hizo, qué evoca? ¿A quiénes les/nos cabe? ¿Quiénes están/estamos a salvo? ¿Por cuánto tiempo?

Nos interesa ahora recuperar estas preguntas con el propósito de sexualizar nuestro acercamiento a la historia reciente y local, más específicamente, al trabajo realizado por y en la(s) organización(es) de trabajador*s sexuales en la lucha por la reivindicación y reconocimiento de sus derechos (humanos). Y para ello, nos valemos de la palabra de l*s propi*s protagonistas, l*s put*s: ell*s, nosotr*s, tod*s, quienes por uno u otro motivo han/hemos vivido que la libertad no es algo dado de antemano, sino, como expresa el título, “es algo muy loco”.

En el presente trabajo focalizamos en un texto/manual/manifiesto/investigación que Juno Mac y Molly Smith publicaron en 2018, titulado en español (2020) como *Putas Insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales*. En el libro, Mac y Smith -ambas trabajadoras sexuales del Reino Unido-, además de recopilar datos de los modelos vigentes respecto del tratamiento del trabajo sexual en el mundo, reponen textos, de diferentes formatos y plataformas, de trabajador*s sexuales que entrevistaron, que escriben en redes sociales, que han publicado y/o han sido protagonistas de sucesos mediáticos, casos judiciales, películas, colectivos de trabajador*s sexuales, aliad*s y personas que luchan por los derechos del colectivo. Es decir, no se quedan en las cifras de las estadísticas ni en los estudios que hablan en nombre de las “rescatadas”.

³Nos referimos a la Mesa N° 17 “Te cabe por put*. Sexualidad, derechos humanos y reconocimiento” que se desarrolló en el marco del XIII Seminario Internacional Políticas de la Memoria: Memoria y Derechos Humanos, el que tuvo lugar en la Ciudad de Buenos Aires, entre los días 27 y 30 de abril de 2022.

Específicamente, nos interesa apoyarnos en los dos capítulos que nos invitan a pensar el *sexo* y el *trabajo*.

Finalmente, queremos acercar más preguntas que respuestas, y algunos hilos de un debate que no se agota en posturas maniqueas y que nos interpela en tanto habitamos el trabajo y el sexo cotidianamente en nuestras vidas, afectad*s con y por otr*s con quienes compartimos el mundo. En este sentido, y escribiendo desde la Córdoba mediterránea, teniendo en cuenta que las primeras tramas colectivas de l*s trabajador*s sexuales en esta ciudad comenzaron allá por el 2000, más de veinte años después, nos preguntamos, ¿cuáles son los desafíos relacionados con el sexo para las organizaciones sociales? ¿Cómo circula, habilita, obstruye el sexo en la organización y en las posibilidades de organizarse? ¿Podemos imaginar una formación política sexuada/sexualizada? Y, con la excusa de este texto, ¿qué te/les/nos cabe por put*?

Derechos (sexuales) ¿para quiénes?

En los apartados que siguen queremos hacer un acercamiento a las dos palabras y/o conceptos que encarnan los sentidos encontrados en la juntura de *trabajo sexual*. Vamos a acercar algunas preguntas a lo que se “moviliza” cuando decimos, oímos, somos nombrad*s como put*s. También nos proponemos acercarnos a los interrogantes, acorde con lo propuesto por el Seminario y la mesa que (nos) hemos convocado, que se anudan respecto de lo que sucede actualmente con el debate que éste suscita y que es tan costoso para los feminismos, pero, también, para los derechos humanos en tanto objeto-sujet*s de disputa.

Colocábamos en la fundamentación de la convocatoria general, la tríada *derechos humanos* -infaltable para continuar una genealogía propia de recordación y recuperación de seminarios previos-, *sexualidad* -en un sentido que permitiera una proliferación de relatos y no una fijación en debates (solo) identitarios y/o genéricos-, y *reconocimiento* - como parte de una apuesta a citar las voces de l*s compañer*s y sus relatos que se van haciendo audibles y posibles de ser reconocidos a más de 45 años del último golpe-, como provocación pero, también, como oportunidad para preguntarnos cómo se entrecruzan a la hora de imaginar el tránsito/pasaje de “te cabe por put*” a la organización política. ¿Es

posible imaginar un horizonte de lucha que no deje por fuera el sexo? Y el trabajo, ¿puede ser eludido en las reivindicaciones?

Si, tal como decíamos en ese llamamiento a la mesa, de la mano de las *Putas Insolentes*, “si la libertad y el acceso a los derechos es un asunto colectivo, que afecta a las estructuras que habitamos” (Mac y Smith, 2020: 24), nos parece que es la oportunidad para destripar una forma de -antes que cerrar el debate-, expandir los sentidos y darle/nos herramientas a/para un discurso que logre, aún desde la complejidad y las contradicciones, colaborar en una vida posible de ser vivida para tod*s.

Trabajo

El texto que presentamos se escribe desde Córdoba. Córdoba encierra en varios sentidos tensiones políticas difíciles de comprender: al tiempo que es la “cuna” de la Reforma Universitaria y la artífice del Cordobazo, es también el lugar donde comienza la autodenominada “Revolución Libertadora” (1955), donde tienen lugar antecedentes importantes del golpe cívico-eclesiástico-militar de 1976 (el Navarrazo que determinó derrocamiento del Gobernador Obregón Cano en 1974), el lugar en el que se despliega la acción del Portal de Belén que intenta impedir la aplicación de las Interrupciones Legales del Embarazo y, también, fue la Córdoba la plataforma de despegue de la Alianza Cambiemos. Una provincia detectada tempranamente en su conservadurismo y que no puede negar la sombra que sobre ella proyectan las múltiples iglesias que la habitan. Pero, también, lugar con fuerte compromiso de lucha en distintos ámbitos, estudiantil, gremial... afirmación de la que da cuenta la crueldad con la que sobre ella se desplegó el terror de estado.

Desde esa Córdoba, llena de contradicciones, intentamos pensar las tensiones que emergen del cruce entre sexo y política y, concretamente, pensar derivas posibles del (des)encuentro entre trabajo, sexo y política. Más específicamente, intentar avanzar en la reflexión sobre las características históricas y actuales que presenta el activismo en defensa de los derechos de l*s trabajador*s sexuales.

En la actualidad en el ámbito cordobés, reconocemos tres colectivos que abrazan de manera explícita la lucha por el reconocimiento de los derechos de l*s trabajador*s

sexuales: la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina, AMMAR Córdoba, histórico sindicato de l*s trabajador*s sexuales, la Red por el Reconocimiento del Trabajo Sexual, RRTS (creada en 2012 y conformada por trabajador*s sexuales y aliad*s), y la Red Nacional por el Reconocimiento de lxs Trabajadorxs Sexuales, RNXRTS (integrada por trabajad*s sexuales y que fue creada entre 2019 y 2020).⁴ Seguramente llama la atención la multiplicidad de actor*s sociales que en una sola ciudad tienen las suficientes proximidades que nos permiten identificarl*s como pro derechos de l*s trabajador*s sexuales, pero también es necesario mencionar que en la actualidad hay suficientes diferencias que impiden que ambas Redes trabajen de manera articulada con AMMAR Córdoba.

Tal como mencionamos al inicio de esta comunicación, la expresión trabajo sexual parece forzar una convivencia, la de dos términos que presentados juntos, “alborotan” (Haraway, 2019). Lo laboral, interpela al sexo. Lo sexual inquieta al trabajo. La circulación de dinero entre trabajo y sexo, parte de lo que sucede en este intercambio, es uno de los puntos críticos que explican el alboroto, la incomodidad. Recordemos que el trabajo sexual es ejercido mayoritariamente por mujeres -trans y cis- y este hecho no parece menor. Dolores Juliano considera que “la cultura occidental ha tendido a desconfiar de todos los logros autónomos femeninos” y “a desestimar los proyectos de las mujeres, haciéndolas sentir incómodas por ganar dinero” (2002, p. 56). Pat Califia (2000), por su parte, considera que “Many lesbian and bisexual women come to the sex industry for the money; *it’s one of the few places where women make more money than men. Sex work is also one of the ways that young queer men can survive when they move to the big city.*”⁵

⁴A modo de hipótesis podemos sumar a las tres organizaciones antes mencionadas a la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina (ATTTA - Filial Córdoba) que si bien tiene una agenda previa y propia el trabajo, muchas de las actividades que realizan sus integrantes han hecho que las articulaciones conjuntas con las demás sean cada vez más frecuentes.

⁵Muchas lesbianas y bisexuales llegan a *la industria del sexo por el dinero, es uno de los pocos lugares donde una mujer puede hacer más dinero que un hombre*. El trabajo sexual es también una de esas vías en la cual un joven muchacho gay puede sobrevivir cuando se muda a la gran ciudad. El resaltado nos pertenece. Traducción gentileza de beto Canseco.

En otras oportunidades nos hemos detenido en dar cuenta de qué ejercicio hacemos cuando decidimos denominar al intercambio de sexo por dinero como *trabajo sexual*.⁶ La expresión pone en evidencia una situación que es obvia, pero no por eso menos opaca: el ofrecimiento por parte de una persona mayor de edad de un servicio específico a otra/s, bajo ciertas condiciones establecidas de antemano a cambio de dinero o algún otro bien. A la situación descripta, solemos reconocerla socialmente como trabajo, pero esto sucede a condición de que ese “servicio específico” no sea sexo. En este sentido se expresa la propia Carol Leigh -quien acuñara en los 80s del siglo XX la expresión trabajo sexual-, al afirmar: “prostituta no se refiere al negocio de vender servicios sexuales -simplemente significa ‘ofrecer públicamente’-. El eufemismo oculta nuestra ‘vergonzosa’ actividad” (Morcillo y Varela, 2016: 21). “El concepto trabajo sexual une a las mujeres de las distintas facetas de la industria (...) a quienes las carencias legales y sociales les impiden reconocer sus puntos en común” (p. 23).

Insistimos en que algo incómodo sucede cuando trabajo-sexo-trabajo se yuxtaponen, y nos preguntamos: ¿Qué se cifra en ese (des)encuentro? ¿Cómo reacciona uno junto al otro? ¿Qué mutua contaminación proponen?

Estas son algunas de las preguntas que nos planteamos y para pensarlas hemos decidido, tal como introducíamos, hacer pie en *Putas insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales* de Juno Mac y Molly Smith. En los dos primeros capítulos ell*s abordan las temáticas de sexo y trabajo, a partir de un par de preguntas que, por ser tan sencillas, maniqueas, podríamos decir, descolocan: ¿Es malo el sexo? ¿Es bueno el trabajo? ¿Es bueno el sexo? ¿Es malo el trabajo? Interrogantes que, a nuestro entender, forman parte de una estrategia que nos invita a preguntarnos: ¿Qué se puede pensar desde esas categorías tan “rígidas” y “morales” como bueno/malo? ¿Qué lugar ocupa el trabajo en la reflexión sobre el trabajo sexual? ¿quiénes lo usan y cómo se argumenta a partir de él?

⁶Almada, Luciana & Pereyra, Liliana (2021) “Nos hacemos putas en el camino” Recuperando experiencias junto a lxs trabajadorxs sexuales de Córdoba. En Actas del XIV Encuentro Nacional y VII Congreso Internacional de Historia Oral.

Prestando atención a la estructura propuesta en *Putas Insolentes*, avanzamos con un par de reflexiones. En primer lugar, consideramos que plantear el problema desde ese ángulo resulta, cuando menos, provocador, y la provocación parece ser la clave tanto de lo que produce el trabajo sexual en sí mismo como del texto que Mac y Smith proponen. Eso que pasa por el cuerpo y por las palabras cuando vemos u oímos a l*s trabajador*s sexuales es recuperado por l*s autor*s y explorado en el texto. Dicen mucho, y lo hacen con desenfado, no escriben ni para la academia ni para pedir permiso, escriben para y desde la trinchera. Hacen preguntas y afirmaciones políticamente incorrectas y van construyendo su posición crítica del abolicionismo, pero también tomando cierta distancia del feminismo pro sexo.

En segundo lugar, podemos pensar -y encontramos pistas en la introducción al libro-, que plantear de ese modo maniqueo, moralista la cuestión/tensión entre sexo y trabajo es un gesto político con referencias precisas. Mac y Smith se reapropian del modo que usan los diversos sectores que miran de manera condenatoria al trabajo sexual y de esta manera ponen en evidencia sus límites analíticos y la estrechez de la mirada ética y política.

Las autoras parten, en su análisis sobre el trabajo, de una premisa que much*s de nosotr*s podemos compartir y problematizar: “valoramos obsesivamente el trabajo como un lugar clave de significado, estatus e identidad en nuestras vidas”, y agregan, “al mismo tiempo, luchamos con trabajos de mierda, con salarios en caída libre y con la sospecha correcta de que lo que muchas de nosotras hacemos todo el día a cambio de dinero no contribuye con nada realmente valioso a nuestras vidas o a nuestras comunidades” (p. 84).

Este es el encuadre para encarar el lugar del trabajo en la explosiva juntura *trabajo sexual* y lo dicen a las claras cuando expresan una de muchas ideas potentes del texto: hay una creencia compartida tanto por “la profesional erótica como y la activista en contra del trabajo sexual”, en que el trabajo es bueno. Podríamos decir, bueno en sí mismo. No es menor descubrir esta coincidencia ya que nos invita a preguntarnos: ¿Qué lugar ocupa el trabajo?, ¿Qué reconocemos como trabajo? ¿Es acaso, como postulan l*s autor*s, que se “lee” como trabajo sólo aquello que es un buen trabajo? O, mejor dicho, ¿que el trabajo sexual sólo podría ser leído como trabajo si éste fuera un buen trabajo? ¿Quién puede elegir trabajar en lo que le gusta? Trabajar en lo que te gusta, dicen Mac y Smith, es algo

profundamente aspiracional (p. 84), introduciendo una variable clave en el análisis que el libro propone: la clase, la que en *Putas Insolentes*, se trama con la clave racial.⁷

Mientras la profesional erótica resaltará de su labor los aspectos más profesionales, específicos y que requieran talento para hacerla entrar en el ámbito de los buenos trabajos, las feministas anti trabajo sexual lo inquirirán con preguntas del orden de la satisfacción y la realización personales, a lo que l*s autor*s vuelven a responder que encontrar lo positivo del trabajo suele ser prerrogativa de quienes “pueden fijar los parámetros de la conversación” pero esto no da cuenta de la posición de la mayoría de l*s trabajador*s sexuales ni de l*s trabajador*s en general. Una suerte de síntesis en este sentido está dada por el hecho de que “[no es útil] pretender que el trabajo es en general maravilloso y excluir de nuestro análisis las exigencias de l*s trabajador*s cuyas experiencias no correspondan a ese criterio” (p. 87).

Son múltiples las voces de trabajador*s sexuales que se expresan en el mismo sentido. Nene Putx también se expresa en esa línea; “para decirles que no somos víctimas no debería ser condición indispensable que seamos perfectas autosuficientes, liberadas, felices, amantes de nuestro trabajo, sobrias y noséquemás” (p. 49).

“Negativizar” el trabajo sexual, en opinión de l*s autor*s, forma parte de la devaluación sexista del trabajo realizado por mujeres (o travestis/trans*). Son tareas calificadas como “trabajos de mujeres” que en el fondo susurran, no son taaaaan (o tanto) trabajo como otros. Ya sabemos -con Silvia Federici, entre otras feministas que han analizado y activado por el reconocimiento del trabajo doméstico-, mucho sobre la relación entre trabajo sexual, trabajo doméstico y capitalismo. Recordemos al menos dos cosas: la vinculación estrecha entre trabajo sexual y trabajo doméstico, histórica, inescindible y la función relevante de este último en conformación y sostenimiento del capitalismo como

⁷La exploración conjunta de raza-clase resulta recurrente en numerosos estudios sobre y escritos por trabajador*s sexuales. Recomendamos, en este sentido, *Putas Migras* de Kali Sudha, Nene Putx y Linda Porn, OnA Ediciones, Valencia-Chiapas, marzo 2020. Además, el tercer capítulo de *Putas Insolentes*, titulado “Fronteras”, ofrece un detallado panorama y deja preguntas y situaciones complejas, tal como lo hace con los capítulos 1 y 2, para pensar la migración en clave de múltiples variables.

sistema. Y es dentro de este sistema donde debemos pensar los derechos a los que no están accediendo en el siglo XXI el conjunto de l*s trabajador*s sexuales.

La gente vende sexo por dinero como una estrategia racional de supervivencia, para mantenerse a flote, esto no significa que deban querer defenderlo en sí mismo ni hacerlo pasar por bueno. Sin embargo, y como concluyen el capítulo l*s autor*s, nombrar algo como trabajo es el primer paso para negarse a hacerlo. Que un trabajo sea malo, no quiere decir que no sea un trabajo “de verdad” (p. 102). Lejos de ello, y al decir de Nene Putx, “el trabajo sexual es TANTO trabajo, y las personas que lo ejercemos estamos atravesadas por múltiples realidades que se entrecruzan en nuestros cuerpos vulnerables: somos no heteras, madres, discas, solas, seropositivas, pobres, neurodiversas, trans, y también migrantes” (p. 45).

Volviendo a local recordemos que durante las casi dos décadas de militancia de l*s trabajador*s sexuales organizad*s han existido objetivos puntuales en diversos momentos, pero al menos en Córdoba la organización ha puesto históricamente el acento en reconocerse como trabajador*s. Desde temprano las fundadoras de AMMAR Córdoba identificaron en el trabajo una categoría que les permitía marcar la diferencia con la condición de delincuentes a la que estaban asociadas y por la que eran perseguidas y violentadas por la policía local. En la estrategia política que se ha dado AMMAR Córdoba desde sus orígenes, y que también define a la RRTS y la RXRTS, el *trabajo* tiene centralidad, pero no para defenderlo en sí mismo, sino reconociendo que los derechos a los que les resulta impostergable acceder están en buena medida “pegados” al trabajo. El acceso a una obra social y a la jubilación son reclamos históricos del sector y en la actualidad han tomado, entre otras, la forma de una campaña que se identifica con pañuelos rojos que dicen: *El trabajo sexual es trabajo. Negarlo es violencia*. Explorando la sintonía de las reivindicaciones, de las estrategias y de las lecturas escuchamos las voces de distintas put*s del mundo que reclaman por su derecho a ser reconocid*s como trabajador*s, en la convicción de que “no es necesario que te guste tu trabajo para querer conservarlo”.

Sexo

“Que se te asocie con la prostitución implica una pérdida moral” (Mac y Smith, 2020: 63), dicen las *Putas Insolentes* en el otro apartado de su libro que se titula *Sexo*, y que versará sobre la “bondad/maldad” del mismo, con un tono sarcástico y lleno de crítica, que apunta a marcar algunas de las tantas incongruencias que se dan en un debate donde, en al mayoría de los casos, l*s propi*s protagonist*s, l*s propi*s trabajador*s sexuales y put*s, no son voces validadas ni consultadas, pese a ser las principales afectadas. En este marco, las respuestas y opciones para pensar el sexo por dinero, se presentan de manera casi mecánica en pares opuestos, en binarismos que parecen no tener grises. Desde el vamos, desde juntar las dos palabras, la tensión está puesta en si entendemos el trabajo sexual como sexo o si entendemos el trabajo sexual como trabajo. Y, específicamente, fijarse en el sexo como bueno o malo, y de allí derivar políticas o genealogías que devienen en soluciones muy diferentes (los diferentes modelos de regular el trabajo sexual son un claro ejemplo, pero también las posibles alianzas con otr*s colectiv*s de “marginales”, quienes están en la lucha por el reconocimiento de derechos, como veremos más abajo).

En sintonía con el apartado anterior, y como adelanto al final del capítulo, nos interpelan a pensar en que la diferencia entre, por ejemplo, las formas de nombrar/se no solo se vinculan con las identidades -sabemos que no es neutro hablar de prostitutas, mujeres en situación de prostitución, trabajador*s sexuales-, sino que apunta directamente a las condiciones materiales de quienes venden y comercian sexo, y la obligación de no hablar en nombre de otr*s, de no ser hablad*s por otr*s⁸.

El ejercicio que nos proponen l*s autor*s es interesante porque en tono de pregunta, nos llevan a imaginar otras alternativas, otras soluciones, otros mundos posibles, hasta tanto logremos derrocar al capitalismo. Eligen no posicionarse -aunque claramente la postura se acerca a lo que en nuestras latitudes asociamos con una mirada pro-sexo-, pero no por ello negar los derechos, más allá de las posturas militantes, están ocupándose de

⁸ En el trabajo mencionado previamente, en las Jornadas de Historia Oral, recuperamos la palabra, a lo largo de varios años, de Eugenia Aravena, y de las experiencias que, en primera persona, permiten dar cuenta de un trayecto, una historia de vida y un fuerte lazo con la posibilidad de imaginar la organización política de un grupo/comunidad - al decir de Rubin (1989)- sexual marginalizada.

argumentar a favor de los derechos laborales, que cualquier persona “merece” en el capitalismo que habitamos. Y, en este gesto, visibilizan la complejidad de dejar por fuera experiencias y/o situaciones que no se ajustan a los guiones preestablecidos para la dicotomía víctima vs. trabajador* empoderada, llegando a deslizar una suerte de tercera posición que habilite a esos grises menos fáciles de rotular y/o volver estadística:

Las políticas de la Puta feliz y de la Mujer que ha salido no dejan espacio para la existencia de la trabajadora sexual infeliz, cuyas inconvenientes verdades interfieren en el acogedor engaño de que la prostitución es una orientación sexual (...) el capitalismo no puede hacerse desaparecer por arte de magia mediante soluciones liberales o punitivas. Para esta persona, el trabajo sexual *puede* que sea sexo, pero es también *trabajo*, en un mundo que no le permite otras alternativas. (Mac y Smith, 2020: 82)

Es por esto que decimos que sale del binarismo, porque complejiza la mirada y rompe también con nociones de placer neoliberal, o de autorrealización laboral, o lo que ell*s llamarán de “defensoras de la postura de que el sexo es positivo” (p. 72). Una posición que es más compleja de leer, al menos en nuestros marcos de defensa y aprendizaje, que la ya conocida que vincula el sexo comercial con el sexo considerado como “malo o degradante”, vinculado históricamente con el sexo queer -dirán l*s autor*s, pero bien podemos aplicarlo a la comunidad LGBTIQ+ de nuestros territorios. No es un trabajo como cualquier otro -no son ingenu*s a ello l*s autor*s-, pero el foco del debate no debería pasar por eso, sino más bien por las (mejores) condiciones en las que ese trabajo pueda ser realizado por quienes están en “activo” en ese mercado. Y este punto es abordado también, ya que su llamamiento no es sólo hacia afuera de la/su comunidad, sino también hacia adentro:

la diferencia entre prostitutas y no prostitutas y entre trabajadoras sexuales en activo y retiradas es fundamental, no solamente por las *identidades*, sino por las condiciones materiales de quienes venden y comercian con sexo (...) las supervivientes que han salido y las no prostitutas no pueden bajo ninguna justificación, hablar en nombre de las trabajadoras sexuales que aún están en activo (p. 82).

Es decir, sin dejar de atender al valor de la propia voz de l*s protagonistas, introducen un debate más allá (o más acá), de lo identitario, que puede resonarnos en lo local a la hora de pensar en el puta como insulto y estigma, que es de difícil apropiación para algun*s de l*s trabajador*s sexuales, pero también en la frase vuelta consigna y remera, tan repetida en la tierra porteña, de la “puta feminista”. Además, y al hablar de las supervivientes, dirán que “quienes apoyan la despenalización del sexo comercial son tipificadas como supervivientes ilegítimas”, por las feministas en contra de la prostitución y las feministas punitivistas. En ese combo, “las putas infelices están atascadas buscando una representación política entre un campo que cuestiona sus experiencias -sospechoso, y que resuena en lo local, en un marco del feminismo #yo te creo hermana, o #les niñes no mienten, pero cuando se trata de trabajador*s sexuales la duda es lo primero-, o un campo que cuestiona sus derechos” (p. 79, la aclaración es nuestra). Como arremete Nene putx al final de su texto, “¿contra qué otro colectivo vulnerable se tiran encima como fieras lxs activistxs?” (p. 55).

Esta puesta en duda, esta falta de credibilidad o deslegitimación del relato nos recuerda las peligrosas conexiones que podemos hacer con la experiencia de las personas queer - como son nombradas en el texto base-, pero también ese abanico de lo que podemos nombrar como comunidad LGBTIQ+, o comunidades sexuales marginalizadas, donde el cuerpo sexualizado -al mejor estilo Monique Wittig (1982)-, esa categoría de sexo, termina por subsumir las demás⁹. Las nociones de traición, sospecha y peligrosidad no son ajenas a un colectivo que continuamente, a lo largo de la historia, ha sido castigado por la presunción de “inmoralidad” pero también “contagio” hacia/de los hombres decentes. Tres ideas, casi imágenes, parecen ser oportunas para este punto. Por un lado, en una entrevista con Daniel Tortosa, sobreviviente del Centro Clandestino de Detención, Departamento de Informaciones, el ex D2, vuelto hoy sitio y archivo provincial de la memoria, en el corazón del centro cordobés, al hablar de su pasaje por el calabozo retrata como las celdas estaban llenas de “putas y putos”, que compartían su suerte al estar caminando/*yirando* la noche cordobesa, entre la franja de años que va de mediados de los '70 y se extiende hasta pasados los '80 con el advenimiento de la democracia, en términos formales. Lo mismo para l*s compañer*s travestis y trans que recién ahora están siendo

⁹Excede a la preguntas y propuestas de este texto, pero es interesante ver esos cruces con Wittig en su lectura materialista del sexo y, haciendo un uso inapropiado de su postura, imaginar una posición que tampoco se encuadre en la elección entre dos opciones/sexos, sino en la fuga, en una otra alternativa.

tomadas como víctimas de lo que el estado entiende como terrorismo de estado, escuchando sus voces como testimonios legítimos, por primera vez.

Por otro lado, y en otras latitudes, Joan Nestle -conocida por su trabajo pionero como una de las bibliotecarias fundadoras de los Lesbian Herstory Archives-, escribió un texto llamado “A mí madre le gustaba coger”, y lo hizo en respuesta a un panel sobre pornografía en el American Writers’ Congress en 1981. *Lesbianas y prostitutas, una hermandad histórica*, un texto-collage de 1987, fue escrito al calor de las llamadas guerras del sexo en los Estados Unidos, momento en que el feminismo radical hegemónico atacó lo que se popularizó como el tríptico maldito: la pornografía, el sadomasoquismo y el par *butch-femme* (para las lesbianas), por entender que eran símbolos de las mayores opresiones para las mujeres. En los inicios, el trabajo sexual no fue el foco de los ataques, pero las políticas que se adoptaron luego del lobby político que sucedió, terminaron perjudicando específicamente a lxs trabajadorxs de la industria del sexo, pues el mayor “mal” que era atacado fue el sexo en público. Ambos textos navegan (en) una alianza entre prostitutas y lesbianas, señalando puntos en común y trayectorias vitales que la propia escritora trae en primera persona. Ambos colectivos, podríamos decir, comparten una herencia histórica de redefinir el concepto de mujer, alborotándolo, tomando la palabra del apartado anterior, y haciendo la torsión que adelantábamos al hablar de Wittig.

Y por último -al menos en este momento-, nos queremos asomar a lo que l*s autor*s de nuestro texto/esqueleto han documentado para problematizar justamente ese foco puesto en el cuerpo sexualizado, en esa obsesión y exacerbación que desde todos los estudios y trabajos realizados a partir del siglo XIX -desde Lombroso, pasando por las leyes de enfermedades contagiosas y hasta las ideas de la arquetípica *femme fatale* tramposa y amiga de Hitler-, Mac y Smith conectan con las experiencias de las personas queer y no binarias, pero también a homosexuales: “El teórico queer Leo Bersani defiende que los hombres homosexuales provocan el mismo conjunto de miedos que las prostitutas han encarnado desde siempre: una persona que bien podría volver inmorales a los hombres decentes y destruirlos” (p. 65).

Como podemos entrever, el problema es el sexo mal practicado, ya sea porque se realiza por fuera de las instituciones permitidas, como el matrimonio, o con personas inapropiadas, o con elementos y/o partes del cuerpo no previstas para dicha actividad -al estilo de la jerarquía sexual de Rubin (1989)-, lo que nos lleva a las conocidas dicotomías

del placer/peligro como posibilidades únicas para abordar el tema, pero también para vivir la sexualidad.

Otra inquietud es que practicar sexo (o practicar sexo de manera equivocada - demasiado, con la persona equivocada o por las razones equivocadas) lleva consigo algún tipo de pérdida-. A menudo, las ideas contradictorias acerca del sexo y estas amenazas o pérdidas viscerales interactúan en las descripciones culturales de la trabajadora sexual, componiendo una figura a la que Melissa Gira Grant ha llamado “la prostituta imaginaria”. (Mac y Smith, 2020: 60)

Este personaje irreal, construido y repetido con diferentes objetivos, no sólo colabora en el imaginario social de lo que se pega a la palabra put*, a lo que te/le/nos cabe por ser y hacer de modo incorrecto, funcionando como un regulador y una amenaza para tod*s aquell*s que se alejen de esa norma heterosexual que gobierna la vida. En la misma operatoria, l*s autor*s, de la mano de citas y extractos de trabajador*s sexuales en las redes o en informes, dirán:

El sexo, en estos debates, se coloca intrínsecamente como algo demasiado especial como para ser vendido, algo íntimo reservado a las relaciones importantes. Implícita en esta idea está la impresión de que el sexo es una sustancia volátil para las mujeres y que debe ser controlado o legitimado mediante una conexión emocional (p. 69).

Este sexo a proteger, tanto en un cuerpo como en un estado en sí mismo, desde los mitos de la primera vez y la pérdida de la virginidad, podemos hacer una línea de contacto con lo que Virginie Despentes, en su *Teoría King Kong* (2007), titulaba como “imposible violar a una mujer tan viciosa” (p. 29), para dar cuenta de la responsabilidad que un*s cuerp*s tienen por sobre otr*s respecto de la tutela, la protección o el riesgo de no tomar conciencia de las consecuencias de hacer del sexo un negocio o algo poco serio. Esa centralidad colocada en el sexo, esa sexualización total de esos (nuestr*s) cuerp*s, ese mecanismo foucaultiano, es el que también impide que otras versiones e historias puedan ser escuchadas y/o relatadas, que esos grises que nombrábamos al inicio, no sean posibles de imaginar en el horizonte de posibilidades.

Las putas somos las feministas en el exilio, las excluidas del legítimo lugar del movimiento, aunque nuestros valores sean valores de independencia económica,

soberanía sexo-afectiva, autodeterminación fuerza personal y alianzas solidarias frente a la opresión, especialmente de las fuerzas represivas, justamente porque nos hacemos valer por lo que sabemos hacer, y tenemos claro que nuestro cuerpo es el campo de batalla, la herramienta de trabajo y el arma de lucha. Por eso es menester pensar lo político no solo como lo público, sino también como lo personal y lo privado, que es lugar donde algunas putas y algunas docentes ejercemos nuestra profesión, lo mejor que podemos, pero ni por amor ni por placer, sino por dinero, hasta que el capitalismo sea derrocado. (Leo Silvestri, Putas: feministas en el exilio)

Tram(z)ando complicidades

Prometimos, al inicio de este texto/ensayo/ponencia, que nos íbamos a acercar a pensar la organización política. Nos quedamos cort*s en espacio y tiempo para ahondar este punto. dejamos, sin embargo, algunas puntas, hilos recortados desde donde tirar la trama para conocer un poco desde dónde y con quiénes dialogamos y trabajamos, desde hace algún tiempo. Estas *Putas Insolentes* que nos han acompañado en este tramo, han servido de excusa para algunos planteos y nos gustaría volver sobre un punto:

La gente no debería tener que demostrar que su trabajo tiene un valor intrínseco para la sociedad para hacerse merecedora de la seguridad en el trabajo (...) Las trabajadoras sexuales pedimos que se nos acredite la capacidad de pelear en el trabajo, incluso de odiarlo, pero que aun así se nos considere trabajadoras. No es necesario que te guste tu trabajo para querer conservarlo (Mac y Smith, 2020, p. 103).

Como vemos, esta idea no aplica solo para el trabajo sexual como profesión, trabajo u oficio, como veíamos en el apartado dedicado al trabajo. Nos “afecta” en cada uno de nuestros modos de sobrevivir (y pagar) por la vida en este capitalismo del que somos y hacemos parte. El llamamiento a hacer alianzas es clave para hacer de este mundo, un lugar menos peor para tod*s. Y como modo de interpelar a quienes lean, recuperamos la palabra de Nene putx en su provocadora y tentadora invitación, pues cuando nos creíamos (nosotr*s mism*s), que ser aliad*s era una de las tantas formas de estar en la lucha, volveremos a repensarnos, ahora y seguramente muchas otras tantas veces.

Ser aliadx no es lo mismo que ser cómplice. Y lo que las putas necesitamos son cómplices, personas que pongan el cuerpo donde duele realmente vivir (...) y si se afectan de verdad, entonces serán cómplices en el delito y amigas en la casa. Nos darán comida, cacho, abrazo, petes y dinero. Se casarán con nosotrxs si eso nos ayuda a vivir mejor (p. 47-48)

Bibliografía

- Almada, Luciana & Pereyra, Liliana (2021) “Nos hacemos putas en el camino” Recuperando experiencias junto a lxs trabajadorxs sexuales de Córdoba. En *Actas del XIV Encuentro Nacional y VII Congreso Internacional de Historia Oral*.
- Haraway, Donna (2019) *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Juliano, Dolores (2002) *La prostitución: espejo oscuro*. Icaria.
- Mac, Juno & Smith, Molly (2020) *Putas Insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales*. Traficantes de sueños.
- Morcillo, Santiago & Varela, Cecilia (2016) “Trabajo sexual y feminismo, una filiación borrada”. Traducción de “Inventing Sex Work” de Carol Leigh (alias Scarlot Harlot), Revista Estudios de Género *La Ventana*, 44.
- Nestle, Joan (1981) “A mi madre le gustaba coger”. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/541645895/A-mi-madre-le-gustaba-coger-joan-nestle>
- Nestle, Joan (2012) *Lesbianas y prostitutas, una hermandad histórica*. Bocavulvaria Ediciones. Córdoba.
- Rubin, Gayle (2018) “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”. En *En el crepúsculo del brillo. La teoría como justicia erótica*. Bocavulvaria Ediciones. Córdoba.
- Silvestri, Leo (Fanzine/S/D) *Putas: feministas en el exilio*. Recuperado de: <https://archive.org/details/PutasFeministasEnElExilioOk>
- Sudrha Kali, Nene Putx, Porn Linda (2020) *Putas migras*. OnA ediciones. Valencia-Chiapas.
- Wittig, Monique ([1992] 2017) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Bocavulvaria ediciones. Córdoba.